

LOS PEQUEÑOS MALESTARES DEL JOVEN REYES

LECTURA DE *MEMORIA A LA FACULTAD*

Humberto Guerra*

Resumen

A partir de una serie de postulados sobre las literaturas del yo, el texto analiza *Memoria a la facultad*, una pieza literaria poco difundida en la que Alfonso Reyes explora su relación con el fenómeno de la enfermedad. En dicha obra Reyes recuenta episodios mórbidos desde la infancia hasta el momento de la enunciación: su estadia en Brasil como diplomático. El análisis encuentra un yo textual caracterizado por el dominio de sí mismo y de su entorno, por la espontaneidad y la sagacidad que, paradójicamente, no se menoscaban con los contratiempos que una enfermedad supone.

Abstract

The essay analyzes *Memoria a la facultad*, a literary piece by Alfonso Reyes, where he explores his attitude towards illness by recounting morbid episodes from his childhood to the moment of writing: his Brazil stay as a diplomat. A series of proposals from the autobiographical literatures allow for an analysis of a textual I characterized by his self-control, by the control he exerts on his surroundings, and by the spontaneity and wisdom illness cannot weaken, paradoxically.

PALABRAS CLAVE: *Memoria a la facultad*, autobiografía, escrituras del yo, Alfonso Reyes/enfermedad.

* Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey—Campus Ciudad de México.

Introducción

Tal vez la vastedad de la obra de Alfonso Reyes ha impedido que parte de la misma se haya analizado con cierto detenimiento. Esta situación parece acentuarse en el caso de sus textos identificados de manera indistinta como memorias, autobiografía, recuerdos o textos autorreferenciales. Los críticos que se han acercado a estos textos desdeñan el clasificarlos dentro de alguna de las categorías recién señaladas; lo cual impide deslindar sus características y alcances e, igualmente, obstaculiza hacer una lectura cuidadosa de los mismos.¹

No es igual leer una memoria, un recuerdo autorreferencial o una autobiografía; así como no es igual leer literatura dramática o composiciones líricas, por ejemplo. Cada género textual pide un acercamiento particular que extraiga sus peculiaridades. Esto es notorio en el caso de los textos identificados estrechamente con los fenómenos referenciales. Pensar que el lector tiene un acceso indiferenciado a un referente, que en este caso proviene de un autor canónico mexicano, es un despropósito que ha impedido señalar las bondades y alcances de una parte significativa de los escritos de Reyes.

Por lo tanto, lo que permite la crítica de textos referenciales es acceder focalizadamente a ellos que, de lo contrario, no presentarían ninguna problematización respecto a su contenido y su forma. Es decir, se establece una relación única y transparente entre el texto y su referencia y, a lo sumo, se llega a señalar al primero como curiosidad digna de una mayor y detallada atención, pero no se acomete ninguna tarea que permita conocer más profundamente estos textos y los particularice como propios de las literaturas del yo.²

Éste es el caso del texto que me ocupa, *Memoria a la facultad*, en el cual Reyes toma como materia referencial sus experiencias con la enfermedad desde su primera infancia hasta el momento

¹ Cfr. Margo Glantz, "Prólogo", en Alfonso Reyes, *Memorias*, V. 5, pp.7-8.

² Cfr. José Luis Martínez, "Las memorias de Alfonso Reyes", *Nueva Revista de Filología Hispánica*. El mismo texto se reproduce como prólogo a la edición del tomo XXIV de las *Obras completas*, con el título de *Memorias*. Se cita conforme a la publicación en *NRFH*.

de su enunciación rememorativa, su estadía diplomática en Brasil, como lo señala Martínez:

Se llama *Memoria a la facultad* al curioso texto escrito en Río, en 1931, y que Reyes no incluyó en sus colecciones, porque es un informe acerca de la índole biológica y psíquica del autor y acerca de los traumatismos, operaciones y enfermedades que ha padecido, y está destinado a informar de ellos a su “médico ideal”. Escribir de tan peregrina materia un ensayo interesante es privilegio del estilo de Alfonso Reyes, de la llaneza y simpatía y de la penetración psicológica con que están referidas sus materias. Al describir su temperamento, Reyes explica también su «metabolismo literario».³

En el texto, Reyes echa mano de una serie de recursos que brinda una configuración de su yo muy específica y que hace evidente la posición de bienestar que el narrador tenía en el momento de la enunciación. En su brevedad, *Memoria a la facultad* revela un yo configurado textualmente que se siente seguro de sí mismo, en control del mundo (por así decirlo) y que encuentra en el poder que ejerce sobre el continuo salud-enfermedad una feliz oportunidad para ratificar esta condición. Es decir, la manera en que el autor reconstruye la relación con su cuerpo y sus dificultades, anomalías, reveses o enfermedades son una de tantas formas que tiene el yo de confirmar que se encuentra en dominio de sí mismo.

Por consiguiente, no accedemos al efecto de realidad, sino a la imagen de lo real que el autor quiere legar.⁴ Desde la perspectiva autobiográfica, el grado de veracidad o de apego al material referencial no interesa. Como texto de reconstrucción de la realidad lo que debe interesar es, por un lado, el objetivo que se persigue al reconstruir dichos materiales autorreferenciales; su calidad emblemática de una personalidad que se brinda al examen público y, por otro, los mecanismos textuales que se utilizan para conseguir este objetivo.

El recuento autobiográfico de Reyes es de naturaleza digamos que especializada. Pudiendo abordar la relación consigo mismo desde muchas perspectivas, decide hacerlo desde una de las más básicas e ineludibles, la del funcionamiento y disfunción de la máquina corporal. Lo que se puede inferir de esta relación es que

³ Martínez, art. cit., p. 490.

⁴ Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, p. 36.

para su poseedor, el cuerpo tiene un alto grado de independencia respecto al ser; pero que la misma independencia está supeditada al ser que, entonces, se revela como superior. Es decir, existe un Reyesh incorpóreo y atemporal que rige al Reyes corporal y temporal; lo comanda, lo domina, lo procura, lo cuida y disciplina con singular diligencia. El resultado es el de la satisfacción de un yo intangible que logra domeñar a su biología y, por ende, expande o redimensiona esta cualidad al mundo físico que lo constriñe. De esta forma, el texto propone un desinterés sobre la exactitud de la información a favor de la fidelidad de la significación.⁵ Esta complejidad de la relación entre sujeto de la enunciación, texto y contexto está en el centro de las preocupaciones de la crítica de las literaturas del yo, como es el caso de este análisis.

Entonces, lo que podemos apreciar y lo que debería interesar en un texto de estas características es la versión personal, subjetiva, de la referencialidad; por ello, lo que nos interesa es el significado que la referencialidad toma a través de su textualización. De ninguna manera tenemos un interés en la referencialidad como información fidedigna o verificable, esta tarea es preocupación de otras disciplinas.⁶

José Luis Martínez ya detectaba los atributos de *Memoria a la facultad*: el “estilo” peculiar que dota de interés, “simpatía”, “llaneza” y “penetración psicológica” a una materia al menos poco frecuente en las letras mexicanas, la relación entre individuo y padecimientos corporales. ¿Cómo se consiguen estas cualidades? ¿Qué permiten observar del yo configurado en el texto? Estas son las interrogantes que se tratan de resolver en las siguientes páginas.

La función ha comenzado

Al lector que no tenga antecedentes sobre el tratamiento textual de los fenómenos de la enfermedad en *Memoria a la facultad*, pudiera desconcertarle el acercamiento desinhibido, desfachatado y hasta festivo que utiliza Reyes; pero si el mismo se trata de comprender como una estrategia textual que persigue un objetivo es-

⁵ *Ibid.*, p. 37.

⁶ Cfr. Elisabeth Bruss, *Autobiographical acts: the changing situation of a literary genre*. p. 13.

pecífico, entonces podrá dirigirse la lectura hacia la explicación de esta condición.

Ya habíamos señalado que la textualización de sus enfermedades tenía el fin de ratificar que el yo configurado en el texto vivía plenamente, en dominio de él mismo y del mundo circundante, y se solaza en contemplar retrospectivamente que en realidad ésta ha sido su condición permanente, es la regla. Este tipo de autobiógrafo es llamado por William Howarth autobiógrafo dramático y lo explica en los siguientes términos:

None of these writers has a thesis about his development; he assumes that he was and is essentially the same person, so his book depicts the past as a series of spontaneously ordered events. As an author he is unpretentious and impertinent, viewing life as a staged performance that he may attend, applaud, or attack, just as he pleases.⁷

Uno de los beneficios de la superación de una enfermedad es el de la introspección, el autoconocimiento y la rectificación de la conducta; pero la misma parece inexistente en este texto.⁸ De manera contraria, el autor celebra la forma en que ha enfrentado toda una serie de males enumerados cronológica y compartimentalizadamente; es decir, por orden de aparición y por sistema, órganos o regiones corporales involucrados para que el médico ideal, quien es el supuesto receptor del texto, pueda comprenderlos de manera organizada.

Para tal fin, Reyes ha ordenado su materia referencial en forma dramática. Digamos que él es el dramaturgo, el director de la puesta en escena y su actor principal; aquí todos los roles son ejecutados de manera simultánea y bajo una misma idea central: cómo he superado las enfermedades con alegría y sin descuidar entretenerme y entretener a los que me rodean; es decir, no he perdido ninguna de mis cualidades. En este sentido, podemos entender expresiones como: “Y ahora toca el turno a lo que hemos

⁷ William Howarth, “Some principles of autobiography”, en James Olney, *Autobiography: essay theoretical and critical*, pp. 96-97.

⁸ Al respecto, Susan Sontag indica: “Como mínimo, la calamidad del mal abre el camino para que discernamos en qué nos hemos engañado toda la vida y cuáles han sido nuestras fallas de carácter.” *La enfermedad y sus metáforas y el sida y sus metáforas*, p. 47.

llamado el ataque de peritonitis”;⁹ en cuya estructura es evidente el triple rol desarrollado por el autor que da pie a que el mencionado percance se presente a la arena del escrutinio público: se anuncia su aparición; tarea que se le ha delegado al director de escena, mientras que es función propia del dramaturgo la de denominar al padecimiento (el cual parece haber sido clasificado hiperbólicamente) y, por último, toca el turno al actor principal implícito, el propio Reyes enfermo. De esta manera, todo el ejercicio se ha construido como una escena digna de examinarse de forma detenida y exclusivamente.

Es habitual pensar que un enfermo debe ser distraído de su dolencia, las personas que lo cuidan y sus visitantes tendrían la misión de hacerle más llevaderos los malos momentos por los que está pasando; pero aquí es exactamente lo contrario, es el enfermo quien entretiene a las personas saludables, para ellos se procede a dar una función: “Obedezco al médico con la más absoluta buena fe, y, puesto en el potro, conservo mi buen humor y divierto a mis visitas.” (oc, 57) Un procedimiento similar se ejecuta en otro momento en el que el autor seduce hasta a los profesionales de la salud: “Un gran ánimo de conversación, que hacía que mi médico se olvidara de sus deberes por el gusto de oírme. Varios amigos, que tenían la paciencia de visitarme, se divertían y pasaban buenos ratos conmigo. Yo no hacía más que conversar, sin perder la conciencia un punto.” (oc, 69)

Ante la posibilidad de desempeñar dos papeles, el del convaleciente y el del entretenedor, Reyes elige siempre el segundo; gracias a él atrae hacia sí la atención; pero no por ser la víctima del mal en turno, sino por conservar su papel de gran imán gracias a su dominio del arte de la conversación, manifestación concreta de su chispeante inteligencia, que convierte el lecho de reposo en escenario donde se presentan la sagacidad, la revelación, la rapidez mental. Esta cualidad, como se nota, no sufre menoscabo en momentos en que el cuerpo cobra sus facturas, es permanente e innata, pues inclusive en situaciones donde el autor no ocupa el proscenio del escenario, logra atraer la atención del público y de los otros actores que así devienen comparsas:

⁹ Alfonso Reyes, *Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XXIV, p. 68. En adelante, y parentéticamente, abrevio mediante *oc*, seguido por el número de página.

Ellas llevaban la mira de evitar que, en mi candor, siguiera yo cometiendo inconveniencias. En efecto, aquella misma noche se había producido en la casa un silencio pavoroso cuando, al anunciársenos que teníamos una primita más, dije yo con toda ingenuidad —aplicando las observaciones que de tiempo atrás venía haciendo: “¡Ah, entonces por eso estaba enferma mi tía!” Mis hermanas me lanzaron unas miradas furiosas. Yo, en cuanto las personas mayores nos dejaron solos, les pedí explicaciones. Y ellas se decidieron a contarme lo que sabían. Unos instantes después, yo vomitaba todo lo que había cenado. Sencillamente. (oc, 56)

El recuerdo del autor ha logrado cambiar la atención de la escena, los reflectores ahora lo iluminan a él y no a la recién estrenada madre; pero el poder revelador que se adjudica precozmente, tiene un giro inesperado y acaba por granjear la simpatía de la audiencia. La atención lograda es extrema, la carga de atención convertida en información sobre la fertilidad humana y sus procesos resulta excesiva para alguien que aún quiere ser considerado inocente, puro, sin malicia. De cualquier forma, lo que destaca es el proceso dramático por medio del cual el autor toma el papel protagónico de la escena, decide actuar y para ello convoca cualidades que le son innatas y que no sufren menoscabo alguno debido al paso del tiempo o a las condiciones de la situación. En este sentido, las enfermedades son el pretexto anecdótico para comprobar estas cualidades que, insisto, son permanentes. Como indica Howarth, este tipo de autobiógrafo deambula por la existencia de manera espontánea y dentro de esta espontaneidad utiliza sus cualidades. En realidad, la existencia no le enseña nada, es solo la oportunidad de ejercer sus cualidades innatas, destacables y efectivas.

La actuación hiperbólica

Además de los recursos señalados, el autor también utiliza la hipébole como estrategia textual para ganarse la simpatía del público que ha asistido a sus funciones de morbilidad. Ejemplos textuales abundan en *Memoria a la facultad* y van desde el señalamiento de que una piedra arrojada despreocupadamente pega en el “cerebelo” (oc, 61) hasta el hecho de que las enfermedades cuando se alojan en el organismo del autor-paciente son “discretas”, “cortesés” y “ligeras” (oc, 60), o que debido a una anestesia los

glúteos, por alguna extraña razón no especificada, han aumentado de volumen al grado de que los calzones ya no pueden contenerlos (*oc*, 67). Este tipo de enunciaciones logran producir la sonrisa, cuando no la carcajada del lector, y se dirigen a la captura de la simpatía que ya se había señalado con anterioridad.

Pero cuando se observa más detenidamente el uso hiperbólico, se localiza un sincero regocijo autoral en el hecho que de forma retroactiva se recupera una sensación de seguridad, de confianza. Un Reyes incorpóreo es más fuerte y permanente que un Reyes corporal que experimenta el contratiempo fisiológico; este ser incorpóreo puede llamarse fortaleza, voluntad o de cualquier otra manera; pero es el que al autor le interesa recuperar para su satisfacción en el momento de la enunciación.

A este respecto, hay dos situaciones que parecen contradecir cualquier sentido médico común y están ligadas porque el yo enunciado en el texto las supera de manera natural, a base de puro esfuerzo volitivo. La primera se da en el contexto de una epidemia que el gobierno del padre del autor supo combatir para beneficio de la salud pública de Monterrey y que el mismo gobernador combatió en su cuerpo, actitud que imita el hijo cuando aparentemente también cae enfermo víctima de la epidemia. Reyes niño se recupera espectacular y rápidamente del mismo mal, contradiciendo la existencia misma del mal en su cuerpo: "Me parecía muy elegante eso de haber contraído la epidemia, pero más elegante me parecía vencerla por un acto de voluntad, como lo había hecho mi padre." (*oc*, 64) La perplejidad que puede experimentar la lectura se convierte en la evidencia narrativa de que se trata de una estrategia textual que quiere demostrar que el yo es superior a las adversidades fisiológicas. No parece caber duda a este respecto cuando se lee la siguiente resolución de un caso de peritonitis:

«Yo no me muero, doctor, ya vencimos.» El doctor me miró asombrado sin querer dar crédito a sus oídos. Parece que aquella reacción era imprevista. Parece, oh Molière, que según las leyes estaba mandado que yo muriera. Pero aconteció lo de siempre: aunque nunca creo haber padecido dolores más agudos, hay que confesar que el mal para ser peritonitis, fue bastante benigno, puesto que el peligro se retiró solo en algunas horas y sin dejar huellas según parece. (*oc*, 69)

Reitero que en este caso la veracidad no es clave analítica; aunque es pertinente señalar lo dudoso que resulta (médicamente hablan-

do) afirmar que un enfermo de peritonitis pueda recuperarse de manera “milagrosa”, como se indica en la cita. Si dejamos a un lado este tipo de planteamiento de veracidad, lo que encontramos, de nueva cuenta, es que el yo configurado vence a la adversidad biológica a través de la voluntad. Además, es notorio cómo se da el intercambio de papeles de la escena en cuestión. En todo caso sería el doctor el capacitado para señalar tan repentina y maravillosa recuperación y, por el contrario, es el propio enfermo quien se la anuncia al galeno. Es notorio cómo Reyes no sólo es el protagonista de la escena hiperbolizada, sino que también es dramaturgo (escribe el devenir de la escena, clasifica el mal) y dirige a los participantes (anuncia y usurpa el rol de formulador de las noticias médicas). Como complemento de esta estrategia textual, puede notarse esa benignidad que el autor había señalado de forma general: sin importar lo potencialmente riesgoso de un mal, cuando el mismo se aloja en el autor, su virulencia disminuye. Calidad poco verificable y que cualquier lector desearía para su propia naturaleza corporal.

Enfermo y médico: el yo configurado en el texto

Si bien en los dos apartados anteriores se asoma constantemente la imagen que Reyes desea transmitir sobre sí mismo, me parece pertinente analizar este aspecto focalizadamente con el objetivo de delinear los atributos que su autor señala como propios.

Ya se había indicado que el momento de la enunciación se percibe como de singular bienestar e inmediatamente llama la atención que en tal situación el autor recuerde momentos que la mayoría de los mortales desearía enterrar, olvidar o al menos no permitir que fuesen trasladados al papel: aquéllos en que se experimentan periodos de enfermedad. Sin embargo, en este caso textual vemos que la naturaleza de los malestares es muy manejable; por ejemplo habla de “espléndido chichón”, “caídas sin consecuencia” y “porrazos de arte menor” (*oc*, 60) para describir los golpes y descalabros propios de cualquier infancia lúdica vivida al aire libre. La adjetivación indica lo pertinente que resultan los contratiempos físicos, lo oportuno de su manifestación. Resultado de la actividad de un niño, se obtiene una protuberancia como debe ser, caídas que no producen lesiones, y así como hay versos de arte

menor (curiosidades líricas) también hay golpes que son curiosos y casi insignificantes.

Lo que se puede inferir de estos accidentes es la verdadera inmundicia del yo, el cual ha estado sometido a contratiempos físicos inexcusables, propios de la edad y la situación; pero que realmente permiten pronosticar la relación del yo con sus desarreglos físicos: las enfermedades serán benignas cuando se presenten en él (como se ha comentado con anterioridad).

Esta jactancia no desdeña el fenómeno mórbido, sus dolores y contratiempos; por el contrario, los enfrenta sin menoscabarse. Le resultan al yo textual una buena oportunidad para probar que continúa en dominio de sí, incluso en circunstancias en que parece que ha perdido dicho control, y así lo hace saber desde un principio cuando claramente afirma: "Yo reclamo el privilegio de juez y parte, porque soy capaz de desdoblamiento y sé muy bien considerarme objetivamente y con frialdad." (oc, 55) ¿Nos está indicando que puede ser tanto el objeto y el sujeto de su observación? ¿Estamos ante una propuesta en que Reyes puede ser tanto médico como paciente? ¿Esto se relaciona estrechamente con su capacidad de ser a la vez personaje, dramaturgo y director escénico de la textualización de sus propios recuerdos mórbidos? Parece ser que sí, recordemos que este tipo de autobiógrafo no aprende de sus experiencias vitales; por el contrario, son la oportunidad de ejercitar sus cualidades.

En este caso, Reyes es un autobiógrafo innato porque en más de una ocasión indica que tiene la facultad de ser objeto y sujeto, juez y parte, enfermo y médico, actor y director: "Sin embargo, por algo se figuran mis amigos que soy aprensivo. Yo creo que lo concluyen de que soy nervioso, y sobre todo, de que explico y expreso cuanto siento y cuanto me acontece. En esto soy de una indiscreción heroica. Mi vida no me sabe a nada si no la cuento." (oc, 58) Como bien indica la crítica de las literaturas del yo, el texto brinda peso específico a la materia existencial. Sin el texto, la vida no tiene dimensión alguna, no sedimenta nada en absoluto. El texto, además, organiza y es el espejo ideal que devuelve la siempre renovable incógnita del ser en su fragilidad y fugacidad. *Memoria a la facultad* no es ajeno a estas preocupaciones; puesto que en medio de toda su alegría de vivir y superar contratiempos corporales no deja de mostrar una incógnita que en apariencia es inexistente para el autor rememorante: "Me pregunto si en la mayoría de los hombres no habrá pequeños fenómenos de esta

especie, males descuidados que están, sordamente, poniéndose de acuerdo entre sí para dar un día un golpe de mano y acabar con nuestra vida” (oc, 63).

Habrá que esperar otro momento existencial para que una interrogante como ésta sea enfrentada valientemente y produzca otro texto en que Reyes vuelve a hablar sobre su relación con la enfermedad, pero en términos muy diferentes.

Bibliografía

- Alvarado Tenorio, Harold. “Alfonso Reyes”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 19, 1990, pp. 207-211.
- Bruss, Elisabeth W. *Autobiographical acts: the changing situation of a literary genre*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1976.
- Campos Daroca, Javier. “Estoicismo, virtud política y mexicanidad. Una reflexión desde el pensamiento de Octavio Paz y Alfonso Reyes”, *Metapolítica*, vol. 3, núm. 12, 1999, pp. 611-622.
- Glantz, Margo. “Prólogo. Memorias de Alfonso Reyes”, en *Alfonso Reyes, Memorias*, v. 5, México, f, l, m, Cátedra Alfonso Reyes-FCE, 2008, pp. 7-47.
- Howarth, William L. “Some Principles of Autobiography”, en James Olney, *Autobiography: essays theoretical and critical*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 84-114 .
- Lejeune, Philippe. *Je est un autre. L'autobiographie de la littérature aux médias*, Paris, Editions du Seuil, 1980.
- . *Le pacte autobiographique*, Paris, Éditions du Seuil, 1975.
- . “Le pacte autobiographique (bis)”, *L'Autobiographie en Espagne. Actes du IIe Colloque International de la Baume-Les Aix*, Université de Provence, 1982, pp. 7-25.
- . *On autobiography*, Paul John Eakin (prest.), Catherine Leary (trad.), Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.
- Martínez, José Luis. “Las memorias de Alfonso Reyes”, *NRFH*, xxxvii, 1989, núm. 2, pp. 487-504.
- Reyes, Alfonso. *Memorias. Obras completas de Alfonso Reyes*, México, t. XXIV, FCE, 1990.
- Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas y el sida y sus metáforas*, Madrid, Taurus, 1996.
- Villarreal, Minerva Margarita. “Legado de Alfonso Reyes”, *Anthropos*, núm. 221, pp. 32-38.